

y mayo descanso á sus tropas, debia operar en junio. No teniendo ya plazas que conquistar, forzosamente emprenderia una marcha ofensiva. ¿Adónde se encaminaria? ¿Acaso iria por Badajoz á Andalucía, ó por Ciudad Rodrigo á Castilla la Vieja? Tal era la cuestion, y era de resolucion fácil, segun los informes adquiridos, sobre todo para un hombre de tanto discernimiento como el mariscal Jourdan.

Efectivamente, ya tomada Badajoz, trasladóse lord Wellington al Norte de Portugal con la masa de sus tropas, y se situó en Fuente-Aguinaldo, á algunas leguas de Almeida y de Ciudad Rodrigo, amenazando así á Castilla la Vieja y al ejército de Portugal que estaba encargado de defender esta provincia. Aun admitiendo siempre la posibilidad de un movimiento fingido, evidente era que no habria trasladado su ejército del Mediodía al Norte, para hacer que á las cuatro semanas volviera á bajar del Norte al Mediodía. No llegan los movimientos fingidos hasta el punto de agoviar á los soldados de cansancio, bajo un clima devorante, para infundir algunas dudas al enemigo. Ficción indudable era la presencia del general Hill en Badajoz con algunas tropas inglesas y portuguesas, que se esforzaba en engrosar aparentemente para inducir á engaño, y acreditar la suposicion de una empresa contra Andalucía. Además de la presencia de lord Wellington en Fuente-Aguinaldo, habia sobre su proyecto muchos indicios accesorios y muy dignos de ser tomados en cuenta, como los movimientos de tropas en la Beira, Tras-os-montes, Leon, inmensos almacenes en la Coruña, y numerosos equipages de mulas en Galicia toda.

Estos aprestos de todas clases indicaban sin género alguno de duda, proyectos contra Castilla la Vieja. Aparte de estas razones de detalle, habia por último una razon general, decisiva para todo el que parara mientes, y es que, trasladándose al Norte, se apoderaba lord Wellington de nuestras comunicaciones en una marcha, y segun hemos dicho, con un solo triunfo hacia caer todo nuestro establecimiento militar en España, al par que trasladándose al Mediodía, no lograba otro resultado que el de inquietar al ejército de Andalucía, y el de obligarle tal vez á abandonar la comedia del sitio de Cádiz, pero nada mas; cosas todas que lograba mas seguramente operando por el Norte, sin duda, pues tendríamos que evacuar la Andalucía, la Mancha, y aun quizá á Madrid, tan luego como nos viéramos amenazados en Castilla. Lección era para no olvidada nunca la campaña del general Moore, que tan poco habia costado á los ingleses, y que estuvo á punto de proporcionarles tan grandes ventajas, aun teniendo á Napoleon encima.

Asi el mariscal Jourdan con su experiencia y el rey José con su razon sana no se engañaron, ni abrigaron la mas leve duda sobre esto; y en todo caso se la desvanecian completamente el mariscal Marmont, á quien el peligro tocaba mas de cerca y mantenía en vigilancia. Desde principios de mayo apresuróse á anunciarles que los ingleses le iban á acometer de seguro, á comenzar sus aprestos de concentracion al propio tiempo, y á pedir socorros á voz en grito. Al punto vieron el mariscal Jourdan y el rey José lo que habia que poner por obra, y lo vieron con una seguridad de juicio, natural en

el mariscal Jourdan, como dedicado á la carrera militar desde mozo, y grandemente mentoria en el rey José, extraño á la profesion de las armas. Si entonces fuera respetada la autoridad de ambos, nada mas fácil que esterilizar la tentativa de lord Wellington y hasta sacar de ella ocasion para una brillante victoria, que adelantara mucho nuestros asuntos en España y aun equilibrara en cierta medida nuestros infortunios de Rusia, pues un gran descalabro en la Península influyera poderosamente sobre los ingleses, y en sustancia los ingleses se llevaban tras sí la Europa.

Para conducirlos á tal descalabro, bastaba sencillamente hacer concurrir á la defensa comun todas las fuerzas que estaban á la mano, y bajo el doble aspecto del número y de la calidad eran mas que suficientes. Aunque disminuido el ejército del Norte, y no contando ya los cuarenta y seis mil soldados que al principio de la campaña, todavía presentaba unos veinte mil hombres de tropas activas. No era cosa de andar en vacilaciones, por mas que se necesitara hacerles mudar de direccion durante quince dias, y dejar á Mina, Longa, Porlier, y Merino por dueños de nuestras comunicaciones. Batidos los ingleses, nada significaban estos partidarios. De todos modos se pudiera destacar á diez mil hombres por espacio de dos semanas, y la prueba es que el ejército del Norte lo hizo mas tarde, bien que de una manera inoportuna: algo mas difíciles vinieran á ser nuestras comunicaciones, pero lo eran ya tanto que el mal no se acrecentara gran cosa. Otros diez mil hombres pudiera destacar José de los trece ó catorce mil de tropas activas, y de los tres mil españoles puestos

á sus órdenes directas, como que distrajo trece mil cuando le pareció llegada la hora, y de esta suerte se juntara un refuerzo total de veinte mil hombres. Finalmente, nada estorbaba al ejército de Andalucía enviar el cuerpo del conde de Erlon todo entero, ó á lo menos diez mil de los diez y seis mil hombres de que constaba. Cinco ó seis mil bastaran en Llerena para observar al general Hill, y si éste cometiera la imprudencia absolutamente inverosímil de marchar sobre Andalucía, con los seis mil hombres de Llerena y con los que pudiera allegar en Sevilla, se le opusiera el mariscal Soult al frente de veinte y cinco mil hombres, mientras que el caudillo inglés no contaba la mitad en su tropa. Sacando, pues, moderados contingentes y por tiempo corto de los ejércitos del Norte, del centro y de Andalucía, se proporcionara al mariscal Marmont un refuerzo de treinta mil hombres, que elevara á setenta mil su hueste, y se le suministrara el medio de abrumar á lord Wellington y de precipitarle muy cerca del abismo del Océano. Verdad es que se necesitara un caudillo para estos setenta mil hombres, y que Massena, denunciado á todo el ejército como cansado y gastado y envejecido, no se encontraba ya en España. Pero siempre existieran los setenta mil hombres: además, el mariscal Marmont no era incapaz de conducirlos, y en todo caso el mariscal Jourdan, el vencedor de Fleurus, bien obedecido, bastara con tales fuerzas para las circunstancias. A mayor abundamiento, en vista de reunion semejante, lord Wellington se retirara á Portugal de seguro, y al menos se le hubiera anulado así para la presente campaña.

Medios existian por tanto, y fuerza es reconocer que nada omitieron José y Jourdan á trueque de ponerlos en juego. Ya plenamente convencidos de que lord Wellington iba á marchar hácia Castilla la Vieja y á caer sobre el ejército de Portugal de consiguiente, escribieron á los dos únicos generales que estaban en aptitud de llevarle socorros, al general Caffarelli, sucesor del general Dorsenne en el ejército del Norte, y al mariscal Soult, gefe del ejército de Andalucía, con quien acababa de entrar en relaciones. A uno y otro señalaron el peligro evidente de que el mariscal Marmont estaba amenazado, y recomendaron al general Caffarelli que dirigiera un destacamento de diez mil hombres sobre Salamanca; al mariscal Soult que reforzara al conde de Erlon de una manera considerable, le aproximara al Tajo, le prescribiera que tuviera fijos los ojos en los movimientos del general Hill de continuo, y si éste se ocultaba por los caminos interiores que lord Wellington se habia proporeionado, para venir á Castilla la Vieja en auxilio de su general en gefe, le mandara seguirle, pasar por el puente de Almaraz el Tajo, al par que el otro lo pasaria por el de Alcántara segun todas las probabilidades, y traer al mariscal Marmont un socorro igual al que el general Hill trajera á lord Wellington.

No era esta orden la mejor que cabia dar por desgracia, y sino se modificara mas tarde, para el ejército de Portugal pudiera considerarse como un servicio absolutamente nulo. Con efecto, se hallaba concebida bajo la suposicion de que el general Hill tenia delante de Badajoz fuerzas considerables, de que estaba allí interinamente, y de que seria lla-

mado á Fuente-Aguinaldo tan luego como lord Wellington estuviere pronto á entrar en campaña. Nada de exactitud habia en suposicion semejante. En vez de treinta mil hombres, solo eran quince mil los que el general Hill mandaba, no contándose apenas entre ellos una division de ingleses. Allí estaba y permanecia inmóvil para encubrir los designios de su gefe, y tambien para ocupar al mariscal Soult mientras lord Wellington marchaba sobre Salamanca á la cabeza de siete divisiones inglesas y muchas portuguesas, reunidas en Fuente-Aguinaldo. Reforzado el conde de Erlon cuanto se quisiera, si se le imponia la condicion de no perder de vista al general Hill, que no debía mudar de posicion, dejara perecer al mariscal Marmont sin socorro. Por lo demás, en la guerra ya es algo entrever solamente los designios del enemigo: adivinarlos por completo y al instante, solo es peculiar de los genios superiores. Ahora bien, el mariscal Jourdan, hombre de talento sólido, aunque tardo, necesitaba tiempo para adquirir luces. Trastadado al terreno, pronto desentrañara la verdad sin duda; pero enfermo, disgustado, agregado á un rey valeroso, si bien no le agradaba salir de su córte, permanecia dentro de palacio, y juzgando desde lejos, no juzgaba mas que aproximadamente el verdadero estado de las cosas. A mayor abundamiento, se desengañara muy en breve, y por otra parte, para el primer momento bastaban las ordenes expedidas, pues impelian á que se aprestaran todos los que debian concurrir á la próxima tucha. Al mariscal Suchet, que se hallaba demasiado lejos y harto desprovisto de tropas para enviar socorros, se le previno que prestara á la

causa comun un servicio que por su parte no debia ofrecer dificultad alguna, y era el de acercar mas las fuerzas del general Reille á Navarra, para que fuera mas fácil al ejército del Norte suministrar el destacamento que se le habia pedido, y relevar en Cuenca las tropas del ejército del centro, para que éste se hallase mas concentrado y disponible.

Sin esfuerzo se puede concebir cómo fueron recibidas estas órdenes de José, dadas con firmeza, pero sin aquel acento dominante peculiar de Napoleón. Probo, adicto, bizarro era el general Caffarelli, gefe del ejército del Norte, como todos los de su apellido, pero suavemente testarudo, tímido no de corazon, sino de mente, y muy inferior en inteligencia al ilustre oficial de pierna de palo que hizo la fortuna de su ilustre familia. De los cuarenta y seis mil hombres de que constaba su hueste, habia perdido cerca de diez mil de resultas de los diferentes destacamentos enviados al ejército de Rusia; además, le inspiraban continuas zozobras por los puestos de lo interior y del litoral los infatigables partidarios de las Provincias Vascongadas. Persistiendo á semejanza del general Dorsenne en considerarse independiente del general en gefe, no rehusó ayudar al mariscal Marmont de una manera terminante, pero no dijo cuando ni cómo, ni en qué número iria en su auxilio, y se redujo á promesas, de las cuales con alguna prevision debia desconfiarse, por mas que fuesen sinceras.

En Andalucía se recibieron las órdenes de José de un modo todavia menos satisfactorio. Siempre habia esperado el mariscal Soult llegar á ser mayor general de este monarca, despues de tranqui-

lizarse relativamente á las consecuencias de su campaña de Oporto. Habiendo fracasado en Portugal Massena, careciendo Marmont de la situacion necesaria para semejante destino, y yendo Napoleon á engolfarse personalmente en Rusia, creyó el mariscal Soult llegada al cabo la hora de que se realizaran sus esperanzas. Pero, poco satisfecho Napoleon de las operaciones en Andalucía, no queriendo tampoco imponer á su hermano un mayor general contra su gusto, eligió al mariscal Jourdan, quien, solo por amistad al rey José, decidióse á aceptar este cargo. Extremado era el descontento del mariscal Soult de resultas, y con tal disposicion de ánimo no era probable que diese oidos á las demandas de socorros para el ejército de Portugal, con el que no habia cesado de estar en disputa. Además, juzgaba de una manera completamente distinta que el estado mayor de Madrid los proyectos de lord Wellington, creyendo que, en vez de pensar en Castilla la Vieja, se fijaba exclusivamente en Andalucía. Por consecuencia respondió á José que el ejército de Portugal iba de nuevo á perderlo todo; que tanto él como su caudillo, padecian engaño; que lord Wellington no se aprestaba á ir contra Salamanca y el mariscal Marmont; que solo Andalucía era blanco de su anhelo; que por tanto al mariscal Soult convenia prestar ayuda; que el general Hill formaba la cabeza del ejército británico todo, pronto á lanzarse sobre Sevilla para libertar á Cádiz; que el lenguaje usado en esta ciudad por los periódicos de la insurreccion, no consentia la mas leve duda sobre este punto; que sin duda se necesitaba reforzar al conde de Erlon, si bien para socorrer á Andalucía, y no al

ejército de Portugal, no amenazado de ningún modo.

Verdaderamente se atribuían á lord Wellington ideas bien extrañas, con suponer por razón de operar en Andalucía el deseo de libertar á Cádiz, que se encontraba en peligro: también se citaban indicios muy singulares, con dar asenso á los periódicos de la insurrección española, para descubrir los proyectos del contrario. De seguro de nada distara éste tanto como de publicar sus resoluciones, y bastaba que las anunciase abiertamente para no hacer caso de la noticia. Pero, aun prescindiendo de todos los informes que pudieron ser recogidos, la verdadera razón para no creer en una tentativa contra Andalucía, estribaba en que lord Wellington no tenía que hacer allí cosa alguna, al par que un solo triunfo en Castilla la Vieja le proporcionara coger de revés á todas nuestras fuerzas. No participaba el mariscal Soult de este dictamen, y siguió persuadido de que el general Hill estaba al frente de treinta mil hombres, de que lord Wellington iba á llevar otros cuarenta mil consigo, y de que solo él necesitaba de socorros. Su respuesta fué á tenor de estas ideas.

Por lo que hace al mariscal Suchet, que no quería suscitar conflictos con la autoridad de Madrid, y á quien por otra parte nada se pedía que pudiera comprometer las provincias de su mando, hizo lo que se le había pedido. Aproximó una división italiana del general Reille, y dispuso relevar en Cuenca las tropas del ejército del centro, aun hallando inconveniente en extenderse á tanta distancia.

Entretanto el peligro se hacia cada vez mas

apremiante y mas visible, y no cabia dudar del punto adonde lord Wellington iba á dirigir sus ataques. Guiado siempre el rey José por el mariscal Jourdan, escribió al general Caffarelli, quien, aun blasonando de independiente del estado mayor de Madrid, no debia olvidar sus deberes militares que le obligaban á correr en ayuda de un camarada en peligro, ni sus instrucciones anteriores que le prescribían de una manera terminante socorrer al ejército de Portugal contra los ingleses; y le impuso el deber formal de prestar este socorro, anunciándole que lord Wellington marchaba sobre Salamanca y sobre el ejército de Portugal de positivo. Respecto del ejército de Portugal estuvo José á punto de dictar una providencia, que salvara á España, y con España quizá al Imperio. Su idea fué decretar la evacuación de Andalucía, provincia, cuya ocupación no proporcionaba grandes ventajas y absorbía noventa mil hombres, entre los cuales se contaban sesenta mil combatientes, muy bastantes para agobiar á los ingleses. Para ser obedecido en determinación semejante, necesitara destituir del mando al mariscal Soult, que se negara á la evacuación acaso, ó al menos la operara demasiado tarde para ser útil al ejército de Portugal. Pero el abandono de una vasta provincia, un movimiento retrógrado muy pronunciado, la destitución de un mariscal ilustre, eran resoluciones que José tenía talento para concebir, mas no carácter para ejecutar. A falta de estas resoluciones, dictó las que van á ser citadas. El mariscal Soult hacia entrever su dimisión tan luego como se le expidieran órdenes que no fueran de su gusto: José le envió al coronel Desprez, oficial de confian-

za, militar de mucho talento, con el encargo de observar cuanto pasaba en el ejército de Andalucía, de patentizar al mariscal su error acerca de los proyectos de los ingleses, de hacerle comprender que lord Wellington marchaba hacia Salamanca y no hacia Sevilla, de renovarle por consiguiente la orden imperativa de llevar al general Drouet de Erlon sobre el Tajo, sin aguardar á lo que el general Hill hiciera, y de declararle además que, á la mas leve amenaza de dimision, se le aceptaria sin demora. Al propio tiempo dirigió al ministro de la Guerra Clarke muy minuciosos despachos, para señalarle todos los peligros, toda la ridiculez diríamos sino se tratara de asunto tan grave, de la situacion de un rey general en jefe, desobecido por todos sus generales, y sin manera de atraerlos, ni en nombre del deber, ni en nombre de su interés bien entendido, ni en nombre de una autoridad desconocida por ellos, á socorrer al que se hallaba en peligro mas alarmante.

Mientras aguardaba el efecto de estos diversos pasos, José envió al mariscal Marmont un socorro. Despues que por orden del emperador abandonó este mariscal el valle del Tajo para trasladarse al valle del Duero, dejó una de sus divisiones, la del general Foy, en el puente de Almaraz sobre el Tajo. Así habia obrado el mariscal Marmont porque daba con fundamento grande importancia á este puente y á las numerosas obras de que estaba rodeado. Hallándose divididas por una disposicion viciosa nuestras fuerzas activas, destinadas á oponerse á los ingleses, en dos partes, una en Andalucía y otra en Castilla, no se podia obviar este inconveniente sino por virtud de una gran fa-

cilidad de comunicaciones, á fin de correr pronto de una á otra, segun lo hizo el mariscal Marmont despues de la batalla perdida de la Albuera. Siendo el principal obstáculo que habia que superar el Tajo, allí construyó Marmont un puente, obras fortificadas y almacenes. Lo que pasaba ante nosotros era una leccion asombrosa y de que fuera imperdonable no aprovecharnos. Efectivamente, se veia por parte de los ingleses un solo ejército, un solo caudillo, trasladándose alternativamente del Norte al Mediodía, y teniendo para ejecutarlo un camino espacioso, bien conservado, escalonado con puentes y almacenes, y sobre el cual eran tan rápidos como fáciles los movimientos.

A consecuencia de esta leccion tan instructiva, al trasladarse el mariscal Marmont del Tajo al Duero, no quiso abandonar las obras de Almaraz, y dejó allí á la division de Foy. Pero aun cuando todo lo tuviera dispuesto para atraérsela pronto por entre el Guadarrama, la travesía que necesitaba ejecutar exigia cinco ó seis dias, pérdida funesta, si se hallaba obligado á una concentracion rápida de resultas de una aparicion súbita del enemigo, por lo cual suplicó á José que le eximiera de la custodia del puente de Almaraz. Apresuróse el rey á prestarle este servicio, aunque de ello resultara una nueva dislocacion del débil ejército del centro, y envió allí á la division de Armagnac.

Apenas llegada á aquel punto, una tentativa temeraria y poco conforme al carácter del ejército inglés señaló los grandes proyectos de lord Wellington para esta campaña, y la importancia que atribuia á impedir que el ejército de Andalucía llevara socorros al ejército de Portugal.

Burlándose el general Hill á tenor de las órdenes de su gefe de la vigilancia de las tropas que el mariscal Soult tenia para observarle en Extremadura, abandonó su puesto sin ser visto, se trasladó con una division á las márgenes del Tajo, remontólo á las calladas, y presentóse delante del puente de Almaraz el dia 18 de mayo. Este puente se encuentra á la misma falda de las montañas que separan el valle del Tajo del valle del Guadiana, y despues de cruzarlo, se eleva el camino real de Extremadura y atraviesa las montañas por el puerto de Mirabete. En lo alto del puerto habia hecho construir el mariscal Marmont una obra que cerraba la carretera, y que por tanto no permitia traer cañones á un enemigo procedente de Extremadura. Además, habia hecho esta obra bastante fuerte para exigir el uso de artillería de grueso calibre. Al pié de la altura y á orillas del rio, habia establecido dos obras de menos importancia, formando cabezas de puente, una á la márgen izquierda y otra á la márgen derecha. Un puente de barcas, no siempre armado, servia para cruzar el rio.

Habiendo llegado á alcance de la obra de Mirabete casi sin ser descubierto el general Hill, que ya habia sorprendido dos años antes al general Girard por aquellos contornos, en Arroyomolinos, y se hallaba acostumbrado á este género de expediciones, reconoció que era harto fuerte para probar á tomarla de rebato, é ideó hacer bajar por un camino de travesía una columna de infantería, que tratara de escalar las cabezas de puente, mientras el resto de las tropas inglesas fingia atacar la obra de Mirabete sobre la altura. Este plan atrevido le

salió á maravilla. Escaladas podian ser las dos obras, que formaban cabezas de puente á entrambas márgenes del rio. A las escarpas apenas tapiadas aplicaron sus escalas los ingleses, y penetraron en la cabeza de puente de la orilla izquierda. Espantáronse las tropas que estaban en su guarda, especie de mezcla de todas las naciones, á pesar de la brillante conducta de un oficial piamontés, que se hizo matar por rehacerlas; se dieron á la fuga los soldados, intentaron echar algunos barcos, y quedaron prisioneros los que no murieron ahogados. Tomada la obra de la orilla izquierda, rindióse la de la orilla derecha sin la menor tardanza. Asi los ingleses saquearon aquel pequeño establecimiento, destruyeron las obras, quemaron las barcas, y se retiraron orgullosos de una expedicion que les valia mas honra que provecho, pues en suma no hicieron mas que echar abajo temporalmente los medios de pasar el rio. Al recibir la noticia de este golpe temerario el general Foy, que se hallaba en marcha hácia Castilla la Vieja, retrocedió camino, y corrió detrás de los ingleses, sin conseguir darlos alcance. Desagradable era el suceso, pero no irreparable de ningun modo, pues un puente destruido sobre el Tajo, no ofrecia un obstáculo invencible, y un ejército que se remontara en tiempo oportuno por el camino de Extremadura debia siempre hallar medio de atravesarlo.

Este accidente causó viva emocion en la capital española, porque revelaba la próxima entrada de lord Wellington en campaña, y su designio de poner á los ejércitos de Portugal y de Andalucía en la imposibilidad de comunicarse uno con otro. Es-

ta indicacion hubiera debido influir sobre el llamado á socorrer al que se encontraba mas en peligro, y José renovó sus instancias, pero en vano, segun va á verse.

Recibido habia el mariscal Soult la visita del coronel Desprez, dando á entender su extremo desagrado por no ser mayor general de José, no reproduciendo la oferta de su dimision, por haberle significado que se la admitiria tan luego como la presentara, y obstinándose en sostener que el peligro amenazaba, no á Castilla la Vieja, sino á Andalucia. No habia medio de rectificar su opinion sobre este punto, y renunciando el coronel Desprez á tal empeño, le estrechó á explicarse acerca de la ejecucion de las órdenes relativas al cuerpo del conde de Erlon. Lo habia reforzado el mariscal, segun José le habia prescripto, pero en cuanto á las instrucciones dadas, expuso terminantemente su resolucion de no desprenderse de aquella tropa, y de no enviarla de ninguna manera en socorro del ejército de Portugal á Castilla. A cuantas instancias le hizo el coronel Desprez, respondió el mariscal Soult que, si le quitaban una porción cualquiera de sus fuerzas, no podria guardar á Andalucia, y que no obedeceria mas orden que la de evacuar aquella provincia.

Estas idas y venidas, estas resistencias obstinadas, hacian perder un tiempo precioso, mientras lord Wellington se apresuraba á marchar sobre el ejército de Portugal. Con efecto, en los primeros dias de junio se supo que habia dejado sus cantones, y estaba en visperas de pasar el Agueda, para dirigirse á la provincia de Salamanca por el camino de Ciudad Rodrigo. Al saberlo el general

Caffarelli, á quien impedia obedecer la falta de presencia de ánimo en medio de los apuros de que se veia asaltado, mas bien que una mala voluntad decidida, envió á decir á los mariscales Marmont y Jourdan, sin discutir ya sobre la autoridad del monarca, que iba á ir en auxilio del ejército de Portugal con un destacamento de diez mil hombres. Por lo que hace al mariscal Soult despachó-le el rey José la verdadera orden que le debió enviar desde el principio, mandándole no ya que prescribiera al conde de Erlon seguir los movimientos del general Hill, sino que al punto hiciera marchar un destacamento de diez mil hombres, los encaminara sobre el tajo, evacuara la parte de territorio que fuera menester para el cumplimiento de esta providencia, y por último, que si se negaba á obedecer, entregara su mando al conde de Erlon sin la menor demora.

Confiado en la ejecucion de una orden tan terminante, en las promesas del general Caffarelli, en la posibilidad que tenia personalmente de enviar al mariscal Marmont algunos miles de hombres, contando con que todas estas disposiciones podrian elevar el ejército de Portugal á muy cerca de setenta mil soldados, tranquilizose respecto del desenlace de los sucesos que se preparaban en Castilla, tranquilizose, porque, aun estando dotado de buen seso, de inteligencia militar y de bizarría, no tenia aquel ardor devorante, aquella vigilancia insomne del verdadero hombre de accion, que no cree lo propio que ha visto, que no descansa mas que sobre promesas ya realizadas, que no da una orden sin seguir su ejecucion por sí mismo, cualidad que Napoleon poseia en el mas alto grado,

y á la cual debia en parte sus prodigiosos triunfos. Mientras por nuestra parte se perdía el tiempo mas precioso en tristes tropezones, se puso lord Wellington en movimiento para intentar una marcha ofensiva hácia Castilla, único punto de España, donde, por las razones ya expuestas, podia operar útilmente. Aunque único jefe y perteneciente á la potencia mas rica de Europa, no estaba plenamente satisfecho de su situacion y bajo el aspecto material sobre todo. En su ejército se hallaban los sueldos muy atrasados: no le llegaba dinero sino con dificultad suma, porque necesitaba su gobierno convertir en metálico, y con una pérdida de 25 por 100 cuando menos, el papel moneda circulante por Inglaterra: además, los españoles, aun cuando muy adictos á su causa, le suministraban gratuitamente cuantas noticias le podian ser provechosas, pero no le daban sus géneros sino por dinero. Muchos meses hacia que no se pagaba á los bagageros, que acarreaban los víveres del ejército inglés en seis mil mulas, y se quejaban con vehemencia. Ahora bien, si se negaran á servir un solo dia, quedaba la hueste británica perdida del todo, pues faltando los comestibles reunidos todas las noches en los bivaques, el tiempo de condimentarlos y el de consumirlos, muy pronto se hallara lord Wellington sin un solo soldado en sus filas. Asi no cesaba de escribir á su gobierno que, si le daban aquellos admirables soldados franceses, segun los llamaba, que se pasaban sin provisiones, y corrían aqui y allí para proporcionarse alimento, y tornaban despues bajo su bandera, y de prisa hacían el rancho con lo que habian recogido, y se batían aunque no tuvieran tiempo de

acabarlo, podria sostener la guerra sin dinero; pero que si se sujetaba á los ingleses á prueba semejante, si se les exponia á dejar las fi as para ir al merodeo, al cabo de algunos dias no volveria ni uno solo. Tambien se quejaba por tanto de pasar sus trabajos y sus apuros. Su ejército, aunque excelente, no era tal como lo deseara. Mas numeroso lo quisiera, y especialmente de españoles. Estos, que le debían haber suministrado treinta ó cuarenta mil soldados, apenas le habian enviado una division de diez mil hombres, mal disciplinados, mal mandados, y sin prestar ninguno de los servicios que se debían de esperar del denuedo y de la sobriedad del soldado español. Con la decision de las naciones portuguesa y española, con todo el poderio de Inglaterra, despues de muchas campañas felices, habia llegado a juntar á orillas del Agueda en los primeros dias de junio las fuerzas siguientes: siete divisiones de infantería inglesa, sumando de treinta y cinco á treinta y seis mil hombres de una solidez á toda prueba, pues la octava se hallaba á las órdenes del general Hill en Extremadura; cinco ó seis mil hombres de excelente caballería inglesa y alemana; dos brigadas de infantería portuguesa, y además, finalmente, una division española á las órdenes del general don Carlos de España. Estos auxiliares, difíciles de contar, y especialmente los españoles, á causa de su organizacion imperfecta del todo, podían ascender á catorce ó quince mil hombres. A su número añadian una fuerza, imposible de calcular, si bien efectiva, los guerrilleros, muy idóneos para el servicio de tropas ligeras. Se vé, pues, que con algun concierto entre nuestros generales, con nues-

tros valerosos soldados, con trescientos mil hombres efectivos, que proporcionaban doscientos treinta mil combatientes, concentrándose en tiempo oportuno, fuera fácil oponer una fuerza abrumadora á aquel puñado de ingleses, sólidos y bien dirigidos sin duda, pero cuya fuerza estribaba enteramente en la cordura de su caudillo y en la desunión de nuestros generales.

Lord Wellington lo conocía muy á fondo, y así adelantábase á Castilla, temblando, si es lícito usar de esta palabra hablando de tal hombre. Consumadas las conquistas de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, forzoso era que emprendiese algo, y según se ha hecho patente, solo podía intentar una marcha ofensiva á Castilla. Su razón firme no admitía ninguna duda sobre estos puntos, pero al pensar que iba á lanzarse á espaldas de los franceses, entre los ejércitos del Norte y de Portugal por un lado y los de Andalucía y del centro por otro, y que pudieran abrumarle sin más que enviar un destacamento cada uno, sentíase acometido de temor verdadero, no del temor de las almas pusilánimes, sino del de las almas fuertes é ilustradas, que sin exagerarse el peligro, conocen su gravedad toda. Si se tranquilizaba hasta el punto de ir á hacer cara á tales peligros, consistía primeramente en la necesidad de emprender algo bajo pena de perder la favorabilísima coyuntura que la ausencia de Napoleón le ofrecía; y además, en que contaba con las miserables desazones de que de muy atrás se hallaba enterado, y que hasta entonces habían impedido á nuestros generales abrumarle con la reunión de sus fuerzas. Una sola vez había visto operarse esta reunión á tiempo, el año

anterior, cuando el mariscal Marmont corrió á Extremadura, y este movimiento le hizo fracasar en el ataque á Badajoz con pérdida de seis mil hombres. Por el contrario, no habiéndose verificado esta concentración durante los tres primeros meses del presente año, pudo tomar á Badajoz y á Ciudad Rodrigo. Ahora se lisonjeaba aun de gozar de la misma fortuna, merced á las propias causas.

Sin embargo, de la resolución de marchar adelante, escribió á su gobierno que no había que prometerse grandes resultados, pues bastaba que los franceses se reunieran en su contra, para verse rechazado hácia Portugal muy en breve. Por tanto pidió de una manera expresa que el ejército anglo-siciliano tentase un desembarco en la provincia de Murcia ó de Cataluña, para impedir que el ejército de Aragón destacara tropas al ejército del centro; pidió á las escuadras inglesas, que cruzaban por el golfo de Vizcaya y se comunicaban con los gefes de las partidas, que fingiese un desembarco para impedir que llevara socorros al mariscal Marmont el general Caffarelli. Tomadas estas precauciones, pasó el Agueda en los primeros días de junio, y dirigióse hácia Salamanca. Sabiendo, por noticias exactas, debidas al celo de los españoles, que el mariscal Marmont, para que vivieran sus divisiones, se había visto obligado á dispersarlas, y que aun no le había llegado refuerzo alguno, esperaba encontrar al ejército francés diseminado, y en todo caso fuerte de cuarenta mil hombres á lo sumo, y desprovisto de material verosimilmente. Por estos diversos motivos se lisonjeaba cuando menos de obligarle á la evacuación de Salamanca, y de repelerle mas allá del Duero,